

Índice

Preámbulo	11
Prólogo.....	13
Introducción.....	15
1. Helarse el corazón	19
2. Ser todo corazón.....	41
3. Hacer de tripas corazón.....	67
4. Tener el corazón en un puño	83
5. Clavarse en el corazón	91
6. Encogerse el corazón.....	101
7. Declarar el corazón.....	115
8. Decirle el corazón	139
9. Tocar el corazón.....	149
10. Crecer corazón	183
11. Haber a corazón.....	213
12. Abrir el corazón	231
13. Poner en el corazón.....	245
14. Con el corazón en la mano	247
Agradecimientos	299

Preámbulo

Este texto introductorio va dedicado a una luchadora nata y superviviente. Cuando en 1975 desde Madrid llegué a Girona al Hospital Álvarez de Castro, hoy Hospital Josep Trueta, la traté de una gravísima sepsis meningocócica (infección generalizada de la sangre secundaria a una meningitis) y padecía un cuadro de síndrome Waterhouse Friederichsen. Por aquel entonces ella era un bebé lactante, en el hospital dijeron que era un cuadro gravísimo y que la única esperanza para salvarle la vida era el Dr. Nieto Cuartero. Se me partía el alma al ver esa criaturita llena de coágulos de sangre por todo el cuerpo asociada a una afectación gravísima del estado general y sabía que había que intentar hacer todo lo humanamente posible para salvarla, cosa que al final logramos gracias al personal de enfermería, a su madre y a mi experiencia.

Yo había entrado en la Universidad de Valladolid con dieciséis años y mi padre me dio tres opciones, notario, arquitecto o médico. Descarté las dos primeras opciones, aunque la de arquitecto no me desagradaba y le dije que haría un año medicina y que si no me gustaba me iría a arquitectura. Me gustó la medicina y acabé la carrera a los veintidós años. Entré en la Clínica Infantil “La Paz” de Madrid, ciudad sanitaria de La Paz, y tras un año de médico interno, dos de especialidad en pediatría y dos de especialidad en endocrinología pediá-

trica me presenté a las oposiciones de carácter nacional en enero de 1976. Mi padre siempre me había dicho: 1. Haz lo que tengas que hacer; 2. Hazlo lo mejor posible y 3. Vete a la cama todas las noches con la frente alta por haber hecho lo que tenías que hacer sin causar mal a nadie.

Para mí el sentido de la vida es el engrandecimiento de la conciencia y en el caso de Marta Gubau creo que actué como debía de hacerlo. Le decía a su madre “esta niña tiene que moverse todos los días” para que cuando se rompiesen los coágulos de sangre que tenía por todo el cuerpo no le quedasen cicatrices residuales que hicieran de ella el día de mañana una inválida, y lo conseguimos.

En Girona vivía en las Ramblas, en una buhardilla, y allí conocí a mi mujer Isabel, nacida en Blanes, lista y guapa, y de la cual, tras haber tenido dos hijos, sigo enamorado. Hice caso a los consejos de mi padre, que siempre me decía que si algún día eliges esposa sea en primer lugar lista, en segundo lugar guapa y en tercer lugar buena persona. Yo tardé tres meses en aprender y conocer el idioma catalán; cuando asistí al primer concierto del grupo La Trinca no me enteré de nada y me dije que tenía que aprenderlo. Hoy leo y entiendo el catalán (lo que me fue fácil por conocimiento del francés ya que había estado en el Hospital San Vicente de Paul de París). Tengo más de ochenta libros en catalán que he leído y subrayado. Para finalizar, amé y amo a Cataluña con todas sus virtudes y todos sus defectos como todos los seres humanos.

Un saludo.

DR. JOSÉ ANTONIO NIETO CUARTERO
Experto en endocrinología

Prólogo

Ha sido un placer para mí escribir estas líneas como prólogo del libro escrito por Marta.

Es una síntesis de años de lucha en búsqueda de la vida siempre con una sonrisa. Nos conocemos desde hace muchos años, desde su infancia hasta la edad adulta, desde el momento del diagnóstico hasta hoy, cuando su corazón palpita con fuerza. Con Marta y su familia compartimos todos aquellos momentos que pueden trastornar la vida de una persona. Y siempre, siempre, hemos visto cómo ha conseguido triunfar frente a la adversidad.

Es un libro escrito con el corazón que recoge todas sus vivencias a lo largo de muchos años. Cuenta y nos hace participar del relato de todos y cada uno de los momentos de su vida. El diagnóstico, el tratamiento con la quimioterapia, la aparición de efectos secundarios, la espera para el trasplante de corazón, el trasplante y su recuperación. Todo su recorrido vivencial está impregnado de positividad, de amor, de fuerza indescriptible y siempre con la mirada y la mente puestas en todos aquellos que la quieren y la rodean.

De aspecto frágil, pero de carácter muy fuerte y voz suave y delicada, ha amado la vida como tal vez solo saben hacerlo los héroes, nuestros héroes que afrontan los momentos difíciles y dramáticos de su vida con una sonrisa y la mano tendida a todos los que les rodean.

Hay momentos, pequeños momentos, en la vida de las personas que tienen la capacidad de poner de manifiesto sentimientos y emociones que dan sentido a la vida y explicitan la complicidad entre las personas. Para mí, uno de esos momentos se relaciona con un yogur. Ver cómo Marta tomaba aquel yogur, tan solo unas pocas horas después de la intervención quirúrgica que culminó con el trasplante de corazón, te hacía ser espectador de cómo le volvieron la fuerza y la vida.

Leer el libro de Marta no es leer tan solo la historia de cuando el cáncer marca el camino de una criatura a lo largo de la vida; es leer la poesía de la vida, la historia y el presente de todos los que la han rodeado, es leer la lucha por la supervivencia poniendo siempre por delante el amor y la solidaridad.

Somos muchos los que hemos aprendido de Marta, de su fuerza, de su consuelo, de su compromiso social y político, de su estima por todo el mundo y el amor hacia los suyos y más allá.

Creo que la lectura de su libro os hará sentir parte de un mundo mejor.

JOSEP SÁNCHEZ DE TOLEDO I CODINA
Antiguo Jefe del Servicio de Oncología
y Hematología Pediátricas
Hospital Infantil Vall d'Hebron
Director de Relaciones Institucionales.
Institut Català d'Oncologia

Introducción

Hasta ahora nunca había tenido la necesidad de escribir lo que me ha ocurrido durante estos años. Entiendo que me ha empujado la sensación, acertada o no, de un cambio de etapa, del deseo de que a partir de ahora se minimicen las vicisitudes. Para mí es como cerrar el círculo para poder empezar una nueva época, lejos de tantos obstáculos médicos.

El motivo principal que me ha llevado a querer contar mi historia es básicamente la intención de ayudar a sensibilizar a alguien y animaros a haceros donantes. Lo que a nosotros ya no nos sirve para nada, a otro le podrá salvar la vida. ¿Existe una generosidad mayor que irnos de este mundo ofreciendo un regalo como ese? Un segundo motivo sería por si le puede servir de ayuda a alguien que deba pasar por alguna situación delicada. Todos tenemos momentos de debilidad y vivencias que hay que afrontar y superar. Hacemos lo que podemos y yo he querido compartir lo que a mí me ha funcionado. Hemos incluido al final del libro algunos consejos mundanos, prácticos, como los que se preguntan a los amigos, con confianza. Son recursos basados en mi experiencia vital, aprendidos de distintos contextos a lo largo de estos años, sea a través de lecturas, de Internet o de asociaciones. He ido integrando aquello que me ha sido útil y me he propuesto reproducirlo aquí.

Escribir me ha supuesto un proceso catártico. He revivido todo aquello que me ha ocurrido médicamente a lo largo de la vida hasta ahora, y ha sido duro y doloroso recordar según qué episodios. Pero también ha sido bonito compartirlo con Mariona, quien pacientemente me ha escuchado cada semana durante casi dos años. Con infinita paciencia, con inacabable curiosidad, y con sensibilidad extrema. ¡Debería pagarle por hacerme de psicóloga todo este tiempo!

Ha sido una experiencia que nos ha unido mucho. Me ha recordado aquella época de charlas interminables en la habitación de la residencia o del piso que compartimos en Barcelona, filosofando sobre la vida. Siempre es enriquecedor trabajar con otra persona, pero con ella ha sido genial y, sobre todo, divertido.

MARTA GUBAU

Con Marta nos conocimos a finales de los 1990, en la Residencia de Estudiantes Lestonnac de Barcelona. Ella ya hacía un año que estaba allí, estudiando Magisterio, cuando yo llegué para estudiar Comunicación Audiovisual. Pese a no ser alumnas del mismo año coincidíamos muchas tardes y noches, y enseguida formamos parte del mismo grupo de amigas. Todas juntas compartíamos conversaciones interminables, partidas de cartas que se alargaban hasta altas horas de la noche y muchas salidas para ir al cine.

Poco podíamos imaginar entonces que esa amistad forjada en una época de la vida en que todavía lo teníamos todo por hacer perduraría en el tiempo, y nos llevaría, veinte años más tarde, a escribir este libro que ahora tenéis en las manos. Un libro que comienza cuando en el año 2004 el corazón de Marta empezó a fallar y que cuenta cómo vivió, física y emocionalmente, el trasplante de corazón al que se sometió el año 2016.

Meses después de la operación, cuando Marta ya tenía una nueva vida por delante, un día fui a visitarla a su casa, en Girona. Mientras tomábamos un café en una terraza me comentó las ganas que tenía de contar su historia, y me propuso que yo la escribiera.

Tras unas semanas de meditarlo mucho, decidimos sacar adelante este proyecto, que se formó a partir de largas conversaciones en forma de entrevistas que teníamos semanalmente a través de videoconferencias.

Entre las dos fuimos conversando, preguntando, escuchando, escribiendo y dando formato a este relato. El texto que leeréis a continuación es el fruto de muchas horas de hablar detalladamente sobre cada parte del proceso, completado con algunas palabras escritas por Marta cuando estaba viviendo el momento preciso de los hechos que se relatan. Pese a la fuerza que da el entorno, la lucha por sobrevivir es un difícil viaje a ciegas. Si con este libro ayudamos a iluminar una parte del camino que deberán recorrer algunas personas y sus cuida-

dores a lo largo de la vida, así como a hacer más comprensible esta experiencia para todos los lectores, habremos cumplido con creces el objetivo principal que nos planteamos al inicio.

Muchas gracias, Marta, por abrirme tu corazón y por dejarme formar parte de tu excepcional vida.

MARIONA VISA

1. Helarse el corazón

*Quedarse atónito, suspenso o pasmado,
a causa de un susto o una mala noticia*¹

Barcelona, 2004

29 de septiembre de 2004. El miedo a la incertidumbre es mayor que al de un mal diagnóstico.

En esa época estaba en un momento muy dulce de mi vida e imaginaba mi futuro inmediato lleno de sueños y proyectos que muy pronto podría llevar a cabo. Tenía veintinueve años y trabajaba como maestra en una escuela de primaria. Me apasionaba mi trabajo, era vocacional y me sentía realizada. Sin embargo, a medida que pasaban los meses, mi salud se fue deteriorando gravemente y a finales de aquel año todo dejó de ser, para siempre, tal como me lo había imaginado.

Desde hacía algún tiempo yo ya notaba que no me encontraba del todo bien, estaba fatigada. Ser maestra de primaria ya es cansado de por sí y, además, si eres especialista todavía más, ya que, por lo menos en aquella época, tenía que ir siempre con todo el material que debía utilizar para las clases de un lado a otro, subiendo y bajando escaleras. Hacía cinco años que trabajaba y aquel curso impartía todos los ciclos, desde los seis hasta los doce años.

1. Todos los significados de las frases hechas aparecen en el diccionario de la RAE.

Fuera de la escuela también tenía una vida activa. Terminados los estudios de Magisterio, cursé la licenciatura de psicopedagogía, donde conocí a mi amiga Mercè. Aquel año ya lo había finalizado y no tenía obligaciones después de trabajar, así que tenía tiempo libre y no lo desaprovechaba. Recibía clases de danza, seguía varios cursos de formación, cenaba con los amigos de la escuela, iba al cine, al teatro... Y con Mercè siempre teníamos planes. Congeniamos enseguida, somos perfectamente compatibles y en poco tiempo teníamos la sensación de que nos conocíamos de toda la vida. Su padre nos animaba a pasárnoslo bien: ¡castigaos, castigaos e id a cenar y a vivir la vida!, decía. No paraba quieta, aprovechaba al máximo todo cuanto me ofrecía la ciudad. Había compartido piso muchos años, pero en aquella época ya vivía sola.

Y cuando llegaba el fin de semana rabiábamos por encontrarnos con Ramon, mi compañero, en Girona o en Perpinyà, donde él trabajaba entonces. Disfrutaba de mi libertad para hacer lo que más me gustaba.

A pesar de todo, me sentía decaída, me faltaban fuerzas. Estaba más bien apática y con ganas de llorar a menudo. Fui al médico, para saber si me ocurría algo, pero no me encontraron nada. Era difícil detectar lo que tenía y no me dolía nada, yo particularmente lo atribuía todo a un estado emocional, creyendo que era ese el motivo de mi cansancio.

Al cabo de un tiempo decidí recurrir a la ayuda psicológica. A lo largo de las sesiones me derivaron a una psiquiatra y por último creyeron oportuno empezarme a medicar por una depresión, siguiendo los indicios de mi estado de ánimo. Visto con perspectiva, en aquel tiempo debía de ser una bomba de relojería, tal como estaba y tomando tantas pastillas. Los antidepresivos, algunos de los cuales son nocivos para el corazón, más los anticonceptivos que me tomaba también en aquel momento, sumado a todo lo que me ocurría... ¡Los médicos todavía no entienden cómo no me caí redonda!

Así fui tirando como pude, todo el curso escolar, hasta el verano. Con el objeto de cambiar de aires e ir recuperándome de la depresión que me habían diagnosticado, creímos que lo más adecuado sería instalarme en casa de Ramon. Él también se dedica al mundo de la educación y en aquella época ya hacía muchos años que estábamos juntos, aunque vivíamos a doscientos kilómetros de distancia. Conociéndole, debía de estar francamente preocupado. No había modo que yo me reanimara, por más que él estuviera continuamente pendiente de mí y me mostrara todo su cariño, ejerciendo su paciencia y templanza al máximo.

Aquellos días los recuerdo muy vagamente. Estaba totalmente agotada. Y físicamente me notaba muy hinchada. Ramon es una persona ingeniosa que procura hacerme reír cotidianamente y entonces todavía se esforzaba más por intentar animarme. Pero yo seguía pachucha, así que se le ocurrió llevarme de excursión a visitar pueblecitos para distraerme, pero, en cuanto nos íbamos de los sitios, era como si no los hubiera visto. Me dormía en todas partes, incluso en los trayectos en coche: era montar y caer rendida. Los fines de semana venían a menudo amigos a visitarnos, para probar si de este modo dejaba de estar tan abatida, creyendo que estaba depresiva, aunque a todo el mundo le parecía extraño. Yo suelo ser una persona animosa y positiva. Pero entonces todo me cansaba y me suponía un gran esfuerzo. Si se me atascaba la cremallera de la chaqueta, por ejemplo, me echaba a llorar. No era razonable mi reacción, pero estaba tan agotada que no podía controlarlo.

Fui pasando las vacaciones, hasta que en septiembre volví a incorporarme. Cuando la directora de primaria, que es protectora por naturaleza, me vio de nuevo notó que seguía sin estar bien y me insistía que fuera al médico y pidiera la baja. A mi entender no la necesitaba si no tenía alguna complicación más grave que aquella depresión, que me parecía que controlaba, y por más que realizara consultas médicas

no me detectaban nada. De todos modos, me veía tan frágil y tan mal que no se fiaba de que no me cayera redonda en una de las clases y prefería enviarme una sustituta para que me vigilara mientras yo estaba en el aula, aunque para la escuela significara doblar el personal. En aquellos momentos, al ir de una clase a otra, a menudo tenía que sentarme a media escalera jadeando, para descansar. Recuerdo perfectamente cómo deseaba llegar a casa para dormir por la tarde y seguir durmiendo hasta el día siguiente, que tocaba ir a trabajar, y aún no tenía suficiente. Hasta que llegó un punto en el que esto era insostenible.

Pocos días después se casó mi amiga Núria. A media celebración, tras haber tomado una comida distinta a la habitual y más abundante, me sentí aún peor de lo que era normal en aquellos días. No tengo por costumbre ir a urgencias, pero aquella noche Ramon terminó por llevarme. Puesto que venía de una boda, la doctora decidió el diagnóstico con cierta ligereza: un empacho. A la mañana siguiente seguía igual, regresamos y nos encontramos con la misma doctora. Esta vez me diagnosticó una epigastralgia, que significa, de forma general, tener mucho dolor en la parte superior del abdomen. Por la noche aún tuvimos que volver una tercera vez, y la doctora todavía seguía allí. Parecía el día de la marmota, ¡hay que ver las guardias con tantas horas seguidas que les obligan a hacer! Decidieron tenerme en observación doce horas. Era el día de mi cumpleaños, cumplía treinta años. ¡Qué forma tan original de celebrarlo! Por último, me dieron el alta con el mismo diagnóstico y una medicación. ¡Y venga, a trabajar!

A aquellas alturas yo ya intuía que todo lo que tenía me venía del corazón, porque notaba pinchazos. Se lo decía a los médicos. En todas partes. Y nada, me diagnosticaban de todo, pero a nadie se le ocurrió mirármelo. Yo no entraba en el perfil de riesgo de enfermedades cardiovasculares. Soy mujer, tenía treinta años, veían que no era nada congénito, ni nada que yo tomara. Me ha ocurrido más a menudo, poste-

riormente, que no me encontraran las cosas que me han ido sucediendo porque no entraba en los cánones. Es frustrante esta realidad, que no te diagnostiquen porque no es común... te sientes desvalida y perdida. El fin de semana volvía a estar en urgencias, acompañada por mi cuñada. Esta vez probé una clínica privada para ver si había más suerte. Finalmente, tras mucho insistir, terminaron haciéndome un electrocardiograma, pero no detectaron ninguna alteración, y me dijeron que no tenía nada en el corazón. Como me costaba respirar, la ruleta del diagnóstico esta vez fue una bronquitis.

Cuando una empieza a pasar por médicos sin obtener ningún resultado es un trance difícil. Lo peor es no saber lo que te está sucediendo, yendo de acá para allá como una peonza. La cabeza te va a mil y lo que es capaz de imaginar puede ser mucho peor que la propia enfermedad. Cuando tienes un diagnóstico acertado puedes reaccionar intentando luchar para superarlo o aceptando lo que tienes. Pero no saber qué te está pasando te desconcierta de tal manera que yo ya empezaba a creer que había perdido el norte.

Aquellos días me cansaba mucho. Apenas podía recorrer ni una manzana de casas. Lo estaba pasando fatal. Un día, con mi amiga Noe fuimos a pasear, y al cabo de diez metros ya tuve que pararme, jadeando. Ella no se podía creer que estuviera tan al límite.

Entonces fui a Barcelona, a ver a mi pediatra infantil, el Dr. Gallart, con quien teníamos amistad y era mi médico de referencia para cualquier aspecto pese a ser pediatra. En las consultas siempre pasaba vergüenza porque no tenía edad de estar allí, pero seguía yendo. Teníamos máxima confianza en su criterio. En cuanto vio el electrocardiograma me dijo que había algo que no le cuadraba y que quería consultarlo con los cardiólogos. Paralelamente, una amiga de la familia nos recomendó una doctora muy buena, Montse, quien se convertiría en un puntal. Ella también se percató de que no estaba bien. Me encargó, con la diligencia que la caracteriza,

realizar unas determinadas pruebas el mismo día: analíticas, ecografías de abdomen, radiografía y una ecocardiografía (la primera que me hacían), y me enviaron a urgencias al hospital con los resultados en mano para que vieran rápidamente lo que me ocurría.

Una vez en el hospital volvieron a hacerme de nuevo todas las pruebas. Hubo un momento en el que estaba en una sala, completamente sola, y fue allí cuando tuve miedo por primera vez, me sentía perdida, con la mente nublada... Ramon y mis padres tuvieron que quedarse en la sala de espera. Empecé a derrumbarme. Me veía venir que tendría algo grave, notaba que era un tema del corazón y no de depresión, y me sentía débil emocionalmente, con cierta aprensión hacia lo que podía pasar. ¿Qué le estaba ocurriendo a mi cuerpo? Mil preguntas me inundaban la mente. El pánico se apoderó de mí y me eché a llorar en silencio. ¿Podría afrontar lo que venía? No las tenía todas conmigo... Enseguida tuve que recomponerme porque vinieron a buscarme para realizar una ecocardiografía. En ese momento ya habían saltado todas las alarmas familiares. Nosotros somos una familia muy numerosa, tengo muchos hermanos, y debían de estar todos en la sala de espera. No me puedo imaginar cómo se sentían, sin saber nada aún y sufriendo como nunca. Avisaron al marido de mi prima, Lluís, que es neurólogo y estaba de guardia en el hospital, y a mi amiga Núria, también médico, que se había quedado muy preocupada desde que nos marchamos precipitadamente de su boda. Vinieron los dos corriendo para estar conmigo y observar directamente qué estaba pasando.

Nos encontrábamos en una sala muy poco acondicionada, como si no estuviera habilitada del todo, provisional. Y vi las caras que ponían mientras observaban mi corazón en la pantalla. Las veo con nitidez. Eran de incredulidad, de sorpresa, incluso de compasión. Intuí que me ocurría algo gordo. Núria me acarició la pierna mientras comentaban lo que iban viendo en la ecocardiografía y me dijo, con un gesto

muy simple pero que supuso muchísimo para mí, “tranquila, estamos contigo”.

Me ingresaron durante casi un mes. Mi corazón estaba muy afectado, aunque no veían con claridad cuáles podían ser los motivos. Supuso una debacle para todo el mundo. En casa se turnaban entre todos para no dejarme sola ni un segundo, aunque laboralmente no era fácil combinárselo. Mis padres y hermanos se dedicaron a mí en cuerpo y alma. Y Ramon, ni decir tiene, también, combinándoselo como podía con el trabajo. Los compañeros de la escuela me llamaban a menudo para mandarme ánimos y transmitirme fuerza. Las personas a las que quiero no me han fallado nunca. Desde Lleida, desde Barcelona y desde aquí en Girona y alrededores, familia y amigos, todos vinieron para apoyarme.

19 de noviembre de 2004. Tengo amigos con los que, pese a la distancia que nos separa, vivo súper unida, lo compartimos todo. Sabemos que nos queremos y nos lo decimos a menudo. Podemos contar unos con otros para lo que sea, tanto en los buenos como en los malos momentos, y no nos cansamos de buscar la forma de encontrarnos como sea, donde sea. No existe la palabra *pereza*, siempre nos hace ilusión ir o que vengan. Son amistades que sabemos cuidar porque entendemos el valor que tienen y lo especiales y únicas que son. Son aquellas amistades que no he necesitado encontrarme en momentos críticos de la vida para saber que puedo contar con ellas para lo que sea, que es una amistad incondicional y que siempre están y estarán ahí. Esto es mucho decir, soy consciente de ello. Es casi una estima de familia, que sabes que, pase lo que pase, estarán ahí. Siempre te ven con buenos ojos y nunca te presuponen malicia ninguna. Hay confianza para aclarar los malentendidos, son maestros de la asertividad y de la empatía. A su lado nunca dejas de aprender sobre las relaciones humanas, te hacen mejor persona, te contagian actitudes valientes ante la vida, aprendes a arreglar los conflictos o a apreciar el momento,

a no hacer reproches que no llevan a ninguna parte. Con ellos aprendes y mejoras como persona, con ellos te ríes y tienes confianza plena. ¿Qué más queremos, si hemos tenido la suerte de toparnos con este tipo de amistad? Es con la gente con quien nunca tienes un no por respuesta, siempre que sea posible y viable, pero no será por falta de ganas. Querrías que vivieran más cerca para poder disfrutarlos más.

Uno de los días que estaba ingresada me explicaron que habían visto una mancha en el corazón, que parecía un mixoma, que vendría a ser un tumor cardíaco. Esta noticia nos afectó mucho a todos, recuerdo perfectamente la cara de mi madre. Siempre ha sido una mujer muy serena en momentos difíciles, nunca la he visto desfallecer ni mostrar debilidad, pero aquella noticia le desencajó la expresión. Yo no sé muy bien cómo me lo tomé, bastante tenía con asimilar que el corazón no me funcionaba y que la vida iba a cambiarme para siempre cuando solo contaba con treinta años. Supongo que no era capaz de encajar más temas, así que no reaccioné mal, de hecho, no reaccioné. Era como si no fuera conmigo. Lo estuvieron mirando detenidamente, consensuando cuál sería la actuación. A la vez, me medicaban con anticoagulantes para disolver la sangre y facilitar todo el proceso de encamamiento. Al día siguiente, milagrosamente, la mancha en el corazón ya no aparecía. Incluso volvió a venir el cardiólogo que me había hecho el ecocardiograma por la mañana y me lo repitió con la máquina gigante, que trasladó hasta mi planta. Como no cabía en la habitación tuvieron que sacar mi cama al pasillo a media noche para poder hacerlo, ¡toda una martingala! El médico no se podía creer que la mancha hubiera desaparecido de repente. Estábamos todos atónitos. No se explicaban qué había podido ocurrir. Finalmente dieron con la causa. En realidad, era un coágulo que casual y afortunadamente se deshizo con el anticoagulante. No era un mixoma, lo que

pasaba era que el corazón no me funcionaba bien, y por eso había causado aquel coágulo.

13 de diciembre de 2004. Mi madre es una “superwoman”. Soy afortunada. Me quiere tantísimo, que incluso se cambiaría por mí, si pudiera, y no es un decir. ¡No se puede querer más en esta vida! Tiene una capacidad increíble para querer a todo el mundo. Siempre piensa en los demás antes que en sí misma. Con todo lo que hemos pasado no la he oído quejarse ni una sola vez. Es una mujer muy fuerte, resolutiva, que desprende todo el amor del mundo. No sé cómo se puede dar todo esto junto en una sola persona. Es increíble. Y, además, lo rezuma, porque me encuentro con mucha gente de mi alrededor que me lo dice, no con estas palabras, claro, pero que vienen a decir que es una “pasada” de madre y siempre está ahí para todo lo que necesite y además con dulzura, con estima y activamente. Una madre 10...

Iban pasando los días mientras yo seguía ingresada recuperándome de aquel descalabro. No me encontraban la causa de todo aquello. En aquel momento parecía que el origen era un virus mal curado, como si mi cuerpo no se hubiera recuperado de alguno que hubiera pasado recientemente y hubiera quedado afectado, sin saber si podría mejorar. Por lo visto a veces se dan este tipo de consecuencias y por eso insisten tanto en recuperarse bien de todos los procesos. El diagnóstico final fue una miocardiopatía dilatada.

La función cardíaca estaba seriamente deprimida, con una fracción de eyección que entonces era de un 20%; pero no sabían cuál era el problema de base. Al marcharme del hospital las directrices fueron una vida tranquila, sin trabajar ni realizar ninguna actividad, y que ya irían controlando si el corazón respondía o no.

Con un agradecimiento especial a:



La totalidad de los beneficios obtenidos por esta obra van destinados al proyecto de Unidad de Seguimiento del Superviviente del Institut Català d'Oncologia, ICO

© Marta Gubau i Comas y Mariona Visa Barbosa, 2022

© de las ilustraciones: Mariona Trias Gubau, 2022

© del prólogo: Josep Sánchez de Toledo Codina, 2022

© del preámbulo: José Antonio Nieto Cuartero, 2022

© de la traducción: Jordi Vidal Tubau, 2022

© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2022

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-9743-977-0

DL L 672-2022

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.